

# EN TIERRA DE NADIE: LA FRONTERA NAVARROARAGONESA Y LA DEFENSA DEL REINO DE NAVARRA EN LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA (1705-1711)\*

In no man's land: The Navarrese-Aragonese frontier and the defense of the Kingdom of Navarre during the War of the Spanish Succession (1705-1711)

AITOR DÍAZ PAREDES\*\*

Recibido: 09/11/2020

Aceptado: 24/04/2023

## RESUMEN

El presente trabajo de investigación analiza la defensa de la frontera navarroaragonesa durante la Guerra de Sucesión Española, que se convirtió en frente de guerra en los años centrales del conflicto sucesorio. Navarra, por un lado, tenía un gran valor geoestratégico para el bando borbónico, pues los refuerzos franceses debían desplazarse forzosamente por el reino. No obstante, las fronteras orientales y meridionales fueron vistas por ambos bandos como un escenario secundario. El vacío de poder resultante permitió así una guerra a pequeña escala, pero muy dinámica, que involucró al conjunto de la sociedad navarra en su autodefensa a través de sus instituciones locales y de sus milicias. La singularidad de este frente sirve así de objeto de estudio de este artículo.

**Palabras clave:** Guerra de Sucesión Española, Navarra, milicias, fronteras, siglo XVIII.

## ABSTRACT

This paper studies the defense of the Navarrese-Aragonese frontier during the War of the Spanish Succession. During the central years of the dynastic conflict, Navarre became a warfront. Navarre, on the one hand, had a significant geostrategic value for the Bourbonic side since the French reinforcements march into Castille through Navarre. Despite that, the eastern and southern borders of Navarre were considered by both sides as a secondary front. The resulting power vacuum set the stage for a small-scaled but very dynamic war and involved the whole of the Navarrese society in its self-defense through its local institutions and militia. The singularity of this front serves as the subject of study here.

**Keywords:** War of the Spanish Succession, Navarre, militia, borders, 18<sup>th</sup> Century.

\* Este trabajo de investigación ha sido realizado en el marco de los proyectos de investigación “Guerra, Estado y Sociedad. La movilización de recursos militares en la construcción de la monarquía española en el siglo XVIII” [PGC2018-096194-B-I00] y “La defensa global. La movilización de recursos militares en la construcción imperial de la Monarquía Hispánica, ss. XVII y XVIII” [PID2021-127306NB-I00]. Abreviaturas: Archivo Histórico Nacional (AHN): Estado (E); Archivo Real y General de Navarra (ARGN): Guerra (G), Archivo Secreto del Consejo Real (ASCR); Real Academia de la Historia (RAH). Legajo (leg.), carpeta (c.).

\*\* UNED. [adparedes@geo.uned.es](mailto:adparedes@geo.uned.es)

*NAVARRA EN LA GRANDE STRATÉGIE BORBÓNICA Y AUSTRACISTA*

Durante el siglo XVII, la frontera de Navarra y Guipúzcoa con Francia fue de forma casi ininterrumpida frente de guerra entre las monarquías española y francesa. Esto contribuyó a la definición de Navarra en el entramado defensivo de la Monarquía como territorio de frontera. El reino de Navarra contaba con un mecanismo tradicional mediante el cual los hombres en edad militar, es decir, aquellos que tenían entre 14 y 60 años, podían ser llamados a defender el territorio en caso de invasión. El «llamamiento general a fuero», de origen medieval, se empleaba para movilizar con rapidez a un gran número de efectivos. Se trataba de una movilización limitada en el tiempo, orientada a la defensa del territorio. La movilización general presentaba desafíos considerables, ya que era impopular y difícil de sostener, amén de no corresponderse con la propia evolución de la guerra en Europa. Por esta razón, en 1638, el virrey marqués de los Vélez llegó a un acuerdo con el reino de Navarra para mantener a 4.000 hombres distribuidos en cuatro tercios, con un enfoque defensivo y bajo el mando de oficiales navarros. A estos tercios de milicias se sumaban las compañías castellanas que custodiaban la ciudadela de Pamplona, enmarcadas en el sistema de presidios peninsulares. Asimismo, la necesidad de reclutar en Navarra para combatir fuera del reino llevó, a partir de las Cortes de 1642, a la negociación entre la autoridad virreinal y las instituciones navarras para acordar el levantamiento de tercios para servir fuera de sus fronteras, a cambio de la continua revisión de las relaciones con la Monarquía, continuando con la tradición pactista entre la Corona y el Reino<sup>1</sup>. Muestra de ello la encontramos, por ejemplo, en los tercios levantados para combatir en Cataluña y en Portugal<sup>2</sup>.

1. V. Coloma, “Navarra y la defensa de la monarquía en los reinados de Felipe III y Felipe IV (1598-1665)”, *Príncipe de Viana*, 204 (1995): 163-182; M. I. Ostolaza, *Gobierno y administración de Navarra bajo los Austrias (siglos XVI-XVII)* (Pamplona: Gobierno de Navarra, 1999), 265-276; J. M. Usunáriz, “Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII”, *Iura vasconiae: revista de derecho histórico y autonómico de Vasconia*, 4 (2007): 285-325; A. Floristán, “Neoforalismo, nuevos fueros y conquistas. Navarra en la Monarquía de Carlos II”, en *Visperas de sucesión. Europa y la Monarquía de Carlos II*, coord. B. J. García y A. Álvarez-Ossorio (Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2015), 81-107; A. J. Rodríguez, “El primer modelo de reclutamiento forzoso en España durante la Edad Moderna: las levas para los presidios (1634-1642)”, *Millars*, Vol. XLIII/2 (2017): 151-167.

2. V. García, “La donación de un tercio navarro para la guerra de Cataluña en 1642”, *Príncipe de Viana. Anejo*, 9 (1988): 121-130; A. J. Rodríguez y A. Díaz, “Revisitando el neoforalismo: reclutamiento en Navarra en tiempo de paz en la frontera (1659-1670)”, en *Studium, magisterium et amicitia: homenaje al profesor Agustín González Enciso*, coord. por R. Torres (Pamplona: Eunsa, 2018), 265-274; A. J. Rodríguez, “La movilización militar en Navarra durante el reinado de Carlos II (1665-1700): Fueros, servicios y milicias”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 30 (2021): 155-185.

Con el comienzo de la Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697), el reino de Navarra dejó de aportar tropas de manera puntual para convertirse en receptor de refuerzos provenientes de Castilla. Si bien desde el Consejo de Guerra se contempló abrir un nuevo frente para aliviar la presión francesa sobre Cataluña, las limitaciones humanas y materiales y el propio devenir del conflicto hicieron de Navarra, una vez más, un frente secundario. El carácter defensivo de esta frontera absorbió moderados recursos, destinándose a Navarra pequeños contingentes de tropas regulares y milicias provenientes de Castilla —unos 5.000 hombres entre 1688 y 1697—, a los que había que sumar a los tercios de milicias navarros, movilizados por tiempo limitado según indicaba el fuero<sup>3</sup>. Que la guerra contra Francia nunca terminase por llegar a Navarra llevó a descuidar las defensas del Reino, tal y como señalaban los virreyes. Faltaban tropas, víveres y armas para resistir una invasión francesa, y era necesario mejorar el mantenimiento de la ciudadela, la cual se deterioraba por momentos<sup>4</sup>. La situación apenas varió con la llegada de Felipe V. Al estallar la Guerra de Sucesión en suelo peninsular, las Cortes reunidas en Sangüesa en 1705 votaron un donativo de 6.000 ducados, un año de cuarteles y la recluta de tres regimientos de infantería, repartiéndose los puestos de la oficialidad entre la nobleza navarra, como estaba establecido<sup>5</sup>. La guerra vinculaba más si cabe al estamento nobiliario tanto con el ejército regular como con las milicias y las guardias reales de cuño borbónico<sup>6</sup>. Otros factores, como los lazos comerciales que unían a Navarra con Francia y la situación que hacía de Navarra el corredor territorial francés hacia el interior peninsular, terminaban por explicar la toma de partido<sup>7</sup>.

La debilidad que presentaban las defensas del Reino contrastaba al comienzo de la Guerra de Sucesión con su importancia geoestratégica, en especial a partir de 1704, cuando comenzaron a marchar por Navarra miles de tropas francesas. El verano de 1706 fue particularmente intenso en este sentido, y alteró la vida del Reino en las zonas que se vieron afectadas por el tránsito y alojamiento de los regimientos franceses. El virrey marqués de Solera era informado a mediados de junio por el intendente francés Méliand de la llegada de 30 batallones de infantería y 20 escuadrones de caballería, los cuales irían entrando por Roncesvalles

3. A. J. Rodríguez, “La frontera navarra durante la guerra de los Nueve Años (1688-1697): defensa y movilización militar”, *Príncipe de Viana*, 272 (2018): 1163-1178.

4. A. Espino, “La frontera de Navarra durante el reinado de Carlos II. La acción virreinal y el problema de la defensa”, *Príncipe de Viana*, 271 (2018): 527-552.

5. A. Díaz, “Fidelidad, fueros y negociación. Las Cortes de Sangüesa en la defensa de la Corona de Aragón (1705)”, *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 32 (2019): 303-326.

6. F. Andújar, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, (Madrid: Marcial Pons, 2004) 54-56.

7. A. Floristán, *El reino de Navarra y la conformación política de España (1512-1841)*, (Madrid: Akal, 2014), 237.

o por Elizondo. Esto suponía un formidable reto logístico para José de Soraburu, tesorero de guerra, responsable de los caudales de la Real Hacienda que entraban en Navarra y principal asentista del Reino<sup>8</sup>. También lo era para la población, que tenía que alojar y facilitar los suministros que necesitaban las tropas. La mayoría de las tropas francesas —y los últimos regimientos de la Monarquía en Flandes— siguieron la misma ruta, llegando a la cuenca de Pamplona y dirigiéndose hacia Castilla por Tafalla, Olite, Tudela y Ágreda. Por ejemplo, de los 10.277 reclutas francesas que transitaron por Navarra en los primeros seis meses de 1708, el número de compañías galas destinadas a reforzar la frontera oriental fue casi inexistente<sup>9</sup>. El grueso de las tropas borbónicas se encaminó hacia Aragón por Tudela, para de allí pasar a Zaragoza y ser destinadas a los principales teatros de operaciones en aquel momento, es decir, la frontera entre Aragón y Cataluña y la toma de plazas que permanecían en manos austracistas, como Tortosa o Alicante. Lo mismo sucedía con el goteo de tropas repatriadas desde Flandes e Italia, así como de lotes de prisioneros de guerra<sup>10</sup>.

Coincidiendo con el periodo de control borbónico sobre el norte de Aragón entre 1707 y 1709, el número de tropas francesas que transitaban por la frontera oriental de Navarra aumentó. La ciudad de Sangüesa llegó a alojar entre enero y mayo de 1708 a 3.400 soldados que marchaban hacia Aragón, haciendo acopio de leña y demás bagajes con una generosidad mencionada por las fuentes<sup>11</sup>, punto que contrastaba con los terribles episodios protagonizados por las tropas francesas en Tafalla o Huarte en 1706<sup>12</sup>. Los abusos fueron una constante, repitiéndose en Olite, Monreal, Barasoain, Burguete, Elizondo y otras poblaciones navarras<sup>13</sup>. También se dieron este tipo de sucesos en el frente oriental. A finales de 1706, tropas francesas del regimiento La Couronne —entre 200 y 300 soldados— cometieron “excesos sacrílegos” en Navardún, Uncastillo y Luesia el 25 de diciembre, saqueando las iglesias con el atrevimiento de intentar vender los cálices, copones, cruces de plata, coronas, casullas y manteles a los paisanos, aunque otros se arrepintieron y restituyeron los ornamentos robados. El proceso, investigado por el auditor general Juan Francisco Iruñela, topó con la versión del comandante francés, quien negó que sus hombres hubiesen pisado Luesia<sup>14</sup>. Estos actos fueron motivo de quejas emitidas por la Diputación, pero

8. AHN, E., leg. 297. El marqués de Solera a José de Grimaldo, Pamplona, 17 de junio de 1706.

9. AHN, E., leg. 338. “Nota diaria de las reclutas de Francia...”, Pamplona, 21 de junio de 1708.

10. AHN, E., leg. 338. Sanz Román a Grimaldo, Pamplona, 9 de febrero de 1708.

11. AHN, E., leg. 372. “Certificación del sargento mayor de las tropas del Rey Cristianísimo”, Anne Dalicieux, Sangüesa, 5 de mayo de 1708.

12. A. Díaz, “El camino francés. Tránsito de tropas por Navarra durante la guerra de Sucesión española (1700-1715)”, *Príncipe de Viana*, 273 (2019): 349-363.

13. ARGN, G., leg. 7. Memoriales de Elizondo, Burguete..., etc., agosto de 1709.

14. AHN, E., leg. 315. Tilly a Grimaldo, Pamplona, 9 de marzo de 1707.

nunca representaron una amenaza a la comunión de intereses creada, más allá de episodios de resistencia a la oficialidad encargada de las levas de vecinos, como sucedió en Falces<sup>15</sup>.

No obstante, sorprende que, ante las señales de agotamiento del Reino, el alto mando Aliado —británico e imperial— no intentase invadir Navarra. Ya en 1706 frustraba a señalados miembros del mando Aliado la pasividad en lo concerniente a Navarra y la frontera pirenaica. El sentir extendido entre el austracismo era el de que la frontera navarra sólo servía como maniobra de distracción y para “traerse muy buenos botines, así de granos como de ganados”<sup>16</sup>. Conocedores de las carencias humanas y materiales que presentaba Navarra, en campañas tan críticas como la de 1706 nunca se llegó a plantear una invasión. El alto mando británico desestimó la posibilidad de capturar los puertos de Santander, Bilbao o San Sebastián para utilizarlos como cabeza de puente desde los que hacer una pinza sobre Navarra avanzando por tierra desde Aragón<sup>17</sup>. El objetivo de tomar Madrid a toda costa desbarató los progresos Aliados realizados durante 1706, y agrió las relaciones entre los mandos británicos y sus colegas<sup>18</sup>. Este error se repitió en 1710, cuando el segundo avance sobre Madrid descuidó Navarra, permitiendo que el duque de Vendôme entrase en Castilla con los refuerzos franceses. Los mandos británicos e imperiales primaron Castilla en todo momento, sin emplear tropas extranjeras en Navarra.

La documentación apenas hace referencia a un regimiento de infantería inglés defendiendo Berdún<sup>19</sup>. Los Aliados, que despreciaban a las milicias austracistas y a los regimientos levantados en Cataluña y Valencia, no prestaron apoyo a intentos como el que tuvo lugar en febrero de 1707, cuando llegaron a las cercanías de Jaca 2.500 milicianos —unos 1.500 catalanes y valencianos, un millar de paisanos y 200 jinetes, a los que se sumarían 700 infantes desde Zaragoza y tres morteros—<sup>20</sup>. Estos contingentes, sin mandos definidos, terminaban por dispersarse en acciones de *petite guerre*, en contraste con las fuerzas borbónicas, que sí estaban comandadas por oficiales franceses, castellanos o navarros. Fueron precisamente el coronel del regimiento Asturias Navia-Osorio —futuro autor de las celebérrimas *Reflexiones militares*—, Francisco de Mencos,

15. ARGN, G., leg. 6, c. 29. La Diputación a T'Serclaes, Pamplona, 4 de diciembre de 1706.

16. RAH, 13/4098(13). “Noticias venidas de varias partes...”, Zaragoza, 14 de diciembre de 1706.

17. *Calendar of the manuscripts of the marquis of Bath, Vol. I*, pp. 89-90. Godolphin a Rivers, Windsor, 18 de Agosto de 1706.

18. *Calendar of the manuscripts of the marquis of Bath, Vol. I*, pp. 162-163. Rivers a Halifax, Alicante, 23 de febrero de 1707.

19. ARGN, G., leg. 7, c. 42. La ciudad de Sangüesa a la Diputación, Sangüesa, 2 de octubre de 1710.

20. AHN, E., leg. 315. El gobernador del castillo de Canfranc al comisario de guerra Francisco Fouquet, Canfranc, 4 de febrero de 1707.

coronel del regimiento Navarra levantado en las Cortes de Sangüesa en 1705 y el coronel del regimiento francés presente, quienes rodearon con sus hombres al grueso de la infantería austracista en las proximidades de Javier, capturando más de 150 prisioneros y neutralizando la amenaza sobre Jaca y Sangüesa<sup>21</sup>.

Resulta por lo tanto difícil hacer una estimación de las fuerzas con las que contaba el bando austracista en Aragón, al tratarse en su mayoría de irregulares. Los oficiales borbónicos siempre se refirieron a estas partidas como “chusma de ladrones”, cuyo “instinto” no era sino el de “robar”<sup>22</sup>. Un informe borbónico de marzo de 1707 contabilizaba las tropas enemigas en Aragón, empezando por un regimiento de infantería neerlandés estacionado en Daroca con 450 hombres. Otros 400 soldados neerlandeses estaban en Calatayud, junto con 200 dragones ingleses. Los regimientos de caballería propiamente austracistas rondaban el millar de efectivos esparcidos desde Daroca hasta Borja, y no parecían haber “mandado un rocín en su vida”. En cuanto a la infantería del archiduque, la ciudad de Zaragoza había levantado un regimiento de 1.000 hombres con 200 desertores italianos y medio millar de catalanes. Las fuerzas de migueletes permanecían en la nebulosa propia de la guerra de guerrillas<sup>23</sup>. La preocupación tanto de las autoridades borbónicas como de las navarras no estaba basada en meras conjeturas. Guipúzcoa solicitaba en julio de 1706, mientras Madrid estaba ocupada por el ejército Aliado, ayuda a la Diputación de Navarra. Los rumores apuntaban a un desembarco de la armada angloholandesa, y parecían confirmarse a raíz de avistamientos como el de 22 barcos de guerra ingleses y otros 6 neerlandeses, acompañados por una flota de fragatas, y que podían transportar hasta 15.000 hombres<sup>24</sup>. Apelando a los “estrechos vínculos” y a la delicada situación en la que se encontraba “nuestro gran monarca”, la provincia de Guipúzcoa se veía así compelida a solicitar ayuda militar a la Diputación de Navarra, encontrándose con la negativa de esta. Todos los recursos de Navarra estaban destinados en el frente aragonés, lo que hacía inviable ayudar a sus vecinos<sup>25</sup>.

En cualquier caso, Navarra no entró en los planes del alto mando Aliado, pese a su evidente valor geoestratégico. El cambio dinástico no alteró por lo tanto el rol secundario que había recaído sobre los navarros en la defensa de la Monarquía durante el siglo XVII. Esto, unido a las prioridades en el planteamiento general del alto mando Aliado, perpetuó una serie de carencias defensivas, puestas a prueba a partir de 1706.

21. AHN, E., leg. 315. El marqués de Saluzzo a T'Serclaes, Santa Cilia, 6 de marzo de 1707.

22. ARGN, G., leg. 7, c. 54. Sánchez a Caparroso, Ujué, 25 de diciembre de 1710.

23. AHN, E., leg. 315. Informe de tropas austracistas en Aragón, 9 de marzo de 1707.

24. AHN, E., leg. 301. Sancho de Miranda a Grimaldo, San Sebastián, 1 de septiembre de 1706.

25. ARGN, G., leg. 6. La provincia de Guipúzcoa a la Diputación de Navarra, San Sebastián, 13 de julio de 1706.

*LA SITUACIÓN DEFENSIVA DEL REINO DE NAVARRA*

A finales de 1705, tras la pérdida de Cataluña y Valencia, el virrey Solera señalaba “la suma desnudez y pobreza” en la que se hallaban las compañías que guarnicionaban Pamplona<sup>26</sup>. La defensa de Navarra había estado mediatizada en el siglo XVII ante una invasión francesa. Ahora la situación era diferente, y la amenaza provenía del alrededor de 200 kilómetros de porosa frontera con Aragón. En esas, la ciudadela de Pamplona presentaba graves deficiencias, tanto de mantenimiento como de seguridad. Resultaba difícil hablar de una dotación estable, pues era escala de los regimientos que transitaban desde Francia, como vemos en junio de 1706, al pedir el gobernador de la ciudadela de Jaca refuerzos, en referencia a los 300 soldados franceses que se hallaban en la ciudadela de Pamplona<sup>27</sup>. Podemos intuir la razón por la que algunos contingentes quedaban atrás a tenor de las palabras del virrey T'Serclaes de Tilly. A finales de 1706, los 300 soldados franceses que defendían Tudela iban a ser relevados por estar “convalecientes”, y ser conducidos junto con los 200 que habían quedado en Sangüesa a Madrid. La llegada de dos regimientos franceses permitió sustituirles y dejar siete compañías en la ciudadela —donde se hallaban 280 prisioneros austracistas, en su mayoría migueletes—. Era necesario distribuir los escasos recursos, destinando al regimiento Asturias —que acababa de recibir 260 reclutas— y a dos compañías sueltas provenientes de Logroño y Los Arcos a Sangüesa para ayudar al tercio de milicias comandado por Tomás de Elío, marqués de Vessolla, y a las milicias de la zona, ahora que llegaban soldados franceses de refresco<sup>28</sup>. Las pequeñas inyecciones de soldados eran insuficientes, caso de los 160 soldados del regimiento mallorquín del coronel Gual y Pueyo, provenientes de Ceuta y que se repartieron entre Pamplona, San Sebastián y Fuenterrabía<sup>29</sup>, o las cinco compañías también provenientes del presidio de Ceuta del regimiento del coronel Bellotto, 226 hombres a repartir entre estas tres plazas<sup>30</sup>.

El equilibrio era muy delicado. Por ejemplo, al salir doce compañías francesas de la ciudadela en octubre de 1709, apenas quedaron 40 soldados. La situación se solventó con la llegada del regimiento Álava, con 465 soldados, pero durante dos semanas Pamplona estuvo prácticamente indefensa<sup>31</sup>. Estos contingentes nunca permanecían como guarnición estable, repitiéndose el mismo

26. AHN, E., leg. 273. Solera a Grimaldo, Pamplona, 24 de diciembre de 1705.

27. AHN, E., leg. 297. El marqués de Solera a Grimaldo, Pamplona, 22 de junio de 1706.

28. AHN, E., leg. 286. T'Serclaes a Grimaldo, Pamplona, 9 de diciembre de 1706.

29. AHN, E., leg. 315. T'Serclaes a Grimaldo, Pamplona, 14 de abril de 1707.

30. AHN, E., leg. 338. T'Serclaes a Grimaldo, Pamplona, 3 de mayo de 1708.

31. AHN, E., leg. 372. El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 31 de octubre y 14 de noviembre de 1709.



patrón. En junio de 1710 apenas había seis compañías del regimiento Vizcaya, con escasos 104 hombres, de los cuales 24 estaban enfermos. La compañía del castellano de la ciudadela además estaba de plantón, por no haber recibido más paga que la que se les dio por Navidad, seis meses atrás<sup>32</sup>. A finales del verano, apenas quedaban seis compañías con medio centenar de soldados, instándose a la provincia de Vizcaya a completar aquellas compañías de su regimiento lo antes posible<sup>33</sup>. En función de la situación del frente de guerra la presión era mayor o menor, algo que podemos observar en el nerviosismo vivido tras la pérdida de Aragón durante el verano de 1710. El virrey duque de San Juan recibió orden de detener a los regimientos de caballería y dragones que acababan de llegar de Flandes, y de alcanzar a los cinco regimientos que ya habían salido para Aragón siguiendo la ruta habitual por Tudela y reconducirlos hacia Calahorra y Logroño, reenviando a uno de estos a reforzar la guarnición de Pamplona, donde apenas había 200 soldados con sus oficiales —los dos regimientos de infantería alemanes recién llegados se encaminaron a Tarazona—<sup>34</sup>.

El problema venía de atrás. Las cuatro compañías castellanas, con una dotación teórica de 250 hombres cada una, estaban tan disminuidas, “que en sus puertas apenas pueden ponerse cuatro hombres de guardia”, incluyendo oficiales reformados, y soldados veteranos y “estropeados”. En el molino de pólvora, que tenía que estar bien custodiado, no había suficientes centinelas. Además, desde el 1 de diciembre de 1700 apenas habían recibido ocho tercios de paga, el equivalente a tres meses, por lo que la guarnición se había visto obligada a vivir de la caridad<sup>35</sup>. En 1705, la ciudadela apenas contaba con una guarnición de 252 hombres, incluyendo a la oficialidad, y a todos se les debían veintiséis pagas. El gobernador de la plaza, marqués de Góngora, reclamaba al conde de Moriana, tesorero mayor de Guerra, el envío urgente de 6.000 reales de vellón para el socorro de dicha guarnición. Góngora no obstante apuntaba ya al principal problema al que se iba a enfrentar Navarra durante los siguientes seis años. La “peste” de la rebelión austracista, caída Barcelona, iba a extenderse, y Pamplona era “la llave maestra de España”. Góngora señalaba los puntos a mejorar. Era necesario reparar los puentes levadizos de las seis puertas de la ciudadela y de los pabellones de San Nicolás y la Taconera, y reforzar “aunque sea de tierra” la contraguarnición de San Roque, todavía a medio construir. Si se perdía Aragón, era necesario dotar a la ciudadela de medios para resistir durante meses, algo imposible con unas defensas en mal estado y semiabandonadas. Faltaban también

32. AHN, E., leg. 396. El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 5 de junio de 1710.

33. AHN, E., leg. 396. El marqués de Bedmar a Grimaldo, Madrid, 26 de agosto de 1710.

34. AHN, E., leg. 396. El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 12 de junio de 1710.

35. AHN, E., leg. 273. Representación del marqués de Góngora incluida en carta del marqués de Solera a Grimaldo, Pamplona, 22 de octubre de 1705.



pólvora y víveres, necesitando 12.000 arrobas de trigo en caso de avance Aliado o ante un desembarco angloholandés en Guipúzcoa<sup>36</sup>.

Así era imposible no ya defender la ciudad, sino controlar la entrada de agentes provocadores, espías y todo tipo de gacetas y panfletos austracistas. Amén de las labores de defensa y policía, la guarnición de la ciudadela tenía la responsabilidad de custodiar a decenas de milicianos austracistas. El cadalso o la condena a galeras no eran penas tan definitivas, a juzgar por las fugas que tuvieron lugar, poniendo en evidencia las carencias de la plaza. Una de las más sonadas fue la huida de 28 migueletes<sup>37</sup>. Poco antes había tenido lugar otra fuga, cuando 34 de los 51 milicianos austracistas escaparon de la ciudadela. Todos ellos estaban hacinados en la casamata del baluarte de San Antonio. Pese a contar con una dotación de doce compañías —incompletas—, aprovecharon el abrigo de la noche para darse a la fuga<sup>38</sup>. La ciudadela albergaba además a “presos de Estado”.

Después de recuperar Madrid en 1706, la ciudadela fue el destino de prisioneros austracistas o sospechosos de serlo<sup>39</sup>. A finales de 1710, a raíz de la segunda y definitiva recuperación de Madrid, la ciudadela recibía 117 prisioneros. Las condiciones, como podemos imaginar, no eran muy diferentes a las que padecían los soldados de la guarnición o las tropas que hacían parada antes de continuar su marcha<sup>40</sup>. El duque de San Juan hacía referencia a todos estos problemas en el verano de 1710. El virrey pedía ayuda para aliviar esta situación. Era necesario que cada cama tuviera “siquiera un jergón, dos sábanas y una manta”. Aunque San Juan había adquirido ya 282 jergones y 44 mantas, se necesitaban 600 sábanas para 200 camas, algo que costaba 8.400 reales de plata doble. Estaba prohibido que los soldados cultivasen sus propios huertos en las fortificaciones, pero a falta de comprobar que estos pudiesen dañar las defensas, era comprensible una mayor deferencia ante las estrecheces de la guarnición<sup>41</sup>. A todas luces, el Reino no podía ser defendido con tan escasos recursos y sin la ayuda de la sociedad navarra.

### *REACCIÓN E IMPLICACIÓN INSTITUCIONAL Y SOCIAL*

La actitud inicial de la Diputación fue contemporizadora, insistiendo en su fidelidad a Felipe V, pero enrocándose en la foralidad. Era “el Reino junto en

36. AHN, E., leg. 273. Soraburu a Grimaldo, Pamplona, 13 de diciembre de 1705.

37. AHN, E., leg. 338. El marqués de Góngora a Grimaldo, Pamplona, 19 de julio de 1708.

38. AHN, E., leg. 338. El marqués de Góngora a Grimaldo, Pamplona, 14 de junio de 1708.

39. AHN, E., leg. 286. “Memoria de los presos de Estado que ha traído...”; El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 25 de agosto de 1706.

40. AHN, E., leg. 396. El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 21 de diciembre de 1710.

41. AHN, E., leg. 396. El duque de San Juan a Grimaldo, Pamplona, 19 de junio de 1710.

Cortes” y no el virrey el que podía levantar sus tercios o acordar en un servicio el envío de estos fuera de sus fronteras. No era necesario remontarse atrás en el tiempo para encontrar precedentes. En 1697, el marqués de Conflans había solicitado el envío de 500 hombres de las milicias a Cataluña, y en 1702 el marqués de San Vicente había pedido a la Diputación que levantase y costease un tercio con el dinero del donativo acordado en las Cortes de 1701. La Diputación alegaba que esto sólo era posible convocando Cortes —un proceso que, como se vio en 1705, podía eternizarse— e insistía en las consecuencias económicas y sociales que los reclutamientos y levas tenían para los navarros<sup>42</sup>. Los choques con la Diputación se repitieron entre 1705 y 1710. Durante el verano de 1706, la Diputación intentó bloquear la leva de dos de los tercios de milicias, viendo sus argumentos desmontados por el Consejo Real de Navarra, el cual demostró que no había “ni fuero ni ley” que prohibiese levantar los dos tercios que pedía la autoridad virreinal. Asimismo, la Diputación, que sostenía que los navarros sólo podían ser levados en caso de ataque en sus fronteras, emitió sus quejas al enterarse de las incursiones de milicias navarras en suelo aragonés. El marqués de Saluzzo, comandante de la frontera oriental, había ordenado a varias poblaciones limítrofes con Aragón —Carcastillo y Mélida, entre otras— que formasen milicias y se adentrasen en territorio austracista, sin que ello interfiriese en la obligación de dichas poblaciones en la leva de los dos tercios de milicias<sup>43</sup>. La Diputación, en cualquier caso, ejercía su papel, señalando los contrafueros que se cometían y solicitando a las autoridades borbónicas y al propio Felipe V el mantenimiento de tropas profesionales dentro de las fronteras navarras, tal y como sucedió durante las internadas austracistas en el verano y el otoño de 1706, en los que se recordaba cómo se había pedido en repetidas ocasiones que se dejaran contingentes de tropas borbónicas para defender la frontera<sup>44</sup>, de cuyas consecuencias se derivaban sucesos como el saqueo de Fustiñana y Ribaforada<sup>45</sup>.

Según la Diputación, el Reino no podía presionar más a la población navarra, máxime cuando, amén de los cuantiosos donativos realizados, se habían levantado los dos tercios de milicias comandados por los marqueses de Santacara y Vesolla a raíz de la pérdida de Borja y la amenaza sobre Tudela<sup>46</sup>. El esfuerzo parecía verse refrendado según los cálculos de la Diputación, los cuales aseguraban que a comienzos de 1707 habían sido movilizados desde el inicio de la guerra unos

42. AHN, E., leg. 297. La Diputación al marqués de Solera, Pamplona, 9 de junio de 1706.

43. ARGN, G., leg. 6, c. 22. La Diputación al duque de San Juan, Pamplona, 23 de agosto de 1706.

44. ARGN, G., leg. 6, c. 24. La Diputación al virrey, Pamplona, 10 de octubre de 1706.

45. ARGN, G., leg. 7, c. 9. La Diputación a T'Serclaes, Pamplona, 28 de abril de 1707.

46. ARGN, G., leg. 6, c. 25. La Diputación a la ciudad de Tudela, Pamplona, 12 de octubre de 1706.

11.000 navarros<sup>47</sup>, número que aumentaría en marzo de ese año hasta los 13.000 naturales, cifra que era más que suficiente desde su óptica<sup>48</sup>. Las tensiones resultantes entre Diputación y virrey pudieron verse inmediatamente, al solicitar la Diputación que el regimiento de dragones catalanes y el regimiento de infantería francesa que defendían la frontera oriental —y 200.000 cabezas de ganado menor, prácticamente el “único patrimonio de nuestros naturales”— no fuesen trasladados a Tarazona y Ágreda<sup>49</sup>. Poco importaban estos choques entre autoridades regnicolas y virreinales a los vecinos de Fustiñana, los cuales estaban “con las armas en la mano de día y de noche”. Habían sufrido tres ataques durante los meses finales de 1706, el último de ellos rechazando a un centenar de milicianos apoyados por 130 montados, en el que perecieron seis vecinos y el gobernador de la localidad. La villa había perdido habitantes —110 personas entre “sustos” y enfermedades— y ganados. El marqués de Saluzzo había enviado 60 soldados franceses, pero habían regresado a Tudela, y el marqués de Santacara mandaba otros 30 de su regimiento, pero la localidad estimaba en por lo menos 100 los hombres necesarios para su defensa<sup>50</sup>.

A comienzos de 1707, ante una posible internada austracista comandada por el conde de la Puebla, el virrey Tilly solicitó a la Diputación el levantamiento de los otros dos tercios de milicias, encontrándose de nuevo con la negativa de la Diputación bajo el mismo principio, por el cual sólo podía haber leva en caso de entrada enemiga en el territorio, algo que sí había sucedido meses atrás en Cortes, Buñuel, Ablitas y otras poblaciones fronterizas. La particular lógica foral razonaba que, dado que el servicio sólo podía ser de nueve días, era inútil llevar a las poblaciones del norte de Navarra, pues estas emplearían todo su tiempo de servicio en ir a Tudela y volverse. Otras consideraciones, como que las tropas francesas que llegaban de refuerzo debían ser suficientes, se sumaban al rigorismo foralista. Eran las poblaciones vecinas a Tudela y Sangüesa las que llegado el caso tendrían que levantar los 2.000 milicianos que pedía el virrey. La realidad se imponía y el virrey, que no podía dilatar más el proceso, se vio obligado a emitir un decreto para defender Sangüesa y Tudela<sup>51</sup>. La situación se repitió en las Cortes de 1709, cuando se rechazó de partida la petición del virrey de completar los regimientos Pamplona y Navarra y de enviar dos tercios de milicias a Aragón<sup>52</sup>, sustituyendo el servicio en hombres por un donativo de

47. ARGN, G., leg. 6, c. 29. La Diputación al T'Serclaes, Pamplona, 25 de febrero de 1707.

48. ARGN, G., leg. 7, c. 7. La Diputación a Felipe V, Pamplona, 3 de marzo de 1707.

49. ARGN, G., leg. 7, c. 6. La Diputación a Felipe V, Pamplona, 17 de febrero de 1707.

50. ARGN, G., leg. 7, c. 7. La villa de Fustiñana a la Diputación, Fustiñana, s/f, 1707.

51. ARGN, G., leg. 7, cc. 1-3. Correspondencia entre la Diputación y el virrey T'Serclaes de Tilly, enero de 1707.

52. ARGN, G., leg. 7, c. 27. Las Cortes a T'Serclaes, Olite, 31 de agosto de 1710.

50.000 pesos y un año de cuarteles<sup>53</sup>. Los desencuentros también se darían entre localidades. La dramática situación de Sangüesa en septiembre de 1710 se toparía con la negativa de los valles de Arce, Egüés, Lizoáin y Aézcoa a contribuir a su defensa con 200 milicianos, pese a la apelación “al bien público” hecha por el virrey San Juan a estos valles y a los de Salazar y Aibar, entre otras comarcas de la merindad de Sangüesa. En el caso de los valles pirenaicos, estos se escudaron en que “por leyes de este Reino” su obligación era guardar los pasos de montaña, máxime cuando 800 milicianos austracistas operaban en las proximidades del valle de Roncal<sup>54</sup>. La ciudad de Estella, a la que el virrey pidió 400 hombres para defender Tudela, se excusó igualmente de sus obligaciones<sup>55</sup>.

Contrastaba esto con el papel de la nobleza navarra al frente de los tercios de milicias y los regimientos levantados durante el periodo. El marqués de Santacara, por ejemplo, pertenecía a una familia vinculada con una larga trayectoria de servicio a la Monarquía y con un sólido patrimonio territorial y ganadero en la Ribera. Su figura era representativa de la nobleza local, muy vinculada al ejército y a la milicia, al igual que Francisco de Mencos. Durante el reinado de Carlos II, Mencos había servido como soldado raso y capitán de infantería, antes de convertirse en coronel de uno de los regimientos levantados tras las Cortes celebradas en Sangüesa en 1705. El estado de su unidad a su regreso a Tudela en 1706 era dramático, y Mencos confesaba que, de permanecer así, no podría “dar útil alguno, sino que servirá de infructuoso gasto”<sup>56</sup>. A comienzos de 1707, su situación había mejorado más bien poco. Mencos decía no poder dar “el socorro diario” a sus soldados tras ocho meses desde el último pago, y estos “desengaños” habían provocado numerosas deserciones. Apenas contaba con 150 hombres “tan desnudos que será imposible puedan pasar las inclemencias del rigor de este invierno”<sup>57</sup>. Si en noviembre de 1705 se estimaba en 1.800 los hombres que integraban los regimientos navarros levantados en Sangüesa —una cifra que tenía que ser inferior a tenor de las deserciones que tuvieron lugar al entrar en Aragón en septiembre de ese año—<sup>58</sup>, la revista pasada en enero de 1706 en Moncada mostraba cómo apenas quedaban 535 hombres, incluyendo a la oficialidad<sup>59</sup>.

53. R. Rodríguez, “Guerra de Sucesión en Navarra II: aspectos políticos e institucionales (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 215 (1998): 801-826.

54. ARGN, G., leg. 7. c. 37. El valle de Aézcoa a T'Serclaes, s/f, septiembre de 1710.

55. ARGN, G., leg. 7, c. 44. La ciudad de Estella a San Juan, Estella, 18 de noviembre de 1710.

56. AHN, E., leg. 315. Mencos a Grimaldo, Tarazona, 18 de noviembre de 1706.

57. AHN, E., leg. 315. Memorial recogido por el virrey Tilly a Grimaldo, Pamplona, 6 de enero de 1707.

58. AHN, E., leg. 664. “Tropas que se hallan en las fronteras de Aragón y Valencia...”, s/f, noviembre de 1707.

59. AHN, E., leg. 296. “Relación de gente efectiva...”, campo de Moncada, 23 de enero de 1706.

En cuanto a las autoridades municipales y eclesiásticas, estas se implicaron en la defensa del Reino en función de la urgencia y de la proximidad del frente de guerra. Sirva de muestra el donativo realizado en septiembre de 1706 en especie —enviado a Tudela para ser puesto a disposición del asentista José Vizcaíno—, y en metálico —a manos del tesorero y también asentista José de Soraburu—. Los donativos abarcaban desde las 1.500 arrobas de trigo donadas por la villa de Los Arcos, a los 20.000 pesos aportados por la ciudad de Pamplona. La ciudad de Tafalla contribuía con 600 reales de a ocho y 500 arrobas de trigo, y el cabildo de la catedral de Tudela 400 pesos y 600 arrobas de trigo y otras 600 de cebada. En total, los donativos en metálico sumaban 26.830 pesos y medio, y la aportación en especie ascendía a las 3.300 arrobas de trigo, que a tres reales y medio importaban 1.443 pesos y 6 reales, a los que había que añadir las 600 arrobas de cebada del cabildo tudelano, por valor de 187 pesos y medio. Inmediatamente después se sumaban otros 810 pesos entregados por la ciudad de Estella y los 1.085 pesos y 5 reales de Puente la Reina. Finalmente, la suma ascendía a 30.009 pesos y 6 reales en especie con los cuales se pagaron en los meses de agosto y septiembre “a todos los regimientos de naturales de este Reino”, y se libraron los pagamentos atrasados al regimiento de dragones del coronel catalán Félix de Marimón, marqués de Serdañola, al que se debían tres pagamentos. Además, se habían recogido otros 23.473 reales de plata de las Cinco Villas y del Alto Bidasoa, destinados a la compra de armamento, municiones y pólvora<sup>60</sup>.

Dicho expediente nos permite comparar esa aportación con los 650.000 reales aportados por la Real Hacienda entre junio y julio —obtenidos a través de las rentas de las provincias limítrofes o mediante donativos como el realizado por el obispo de Pamplona, el cual aportaba 1.000 doblones—<sup>61</sup>. Nos es igualmente difícil medir la aportación de hombres realizada por los navarros para defender su frontera con Aragón durante el final del verano y el otoño de 1706. A finales de julio, se contaba en la Ribera con los regimientos navarros levantados en 1705, junto con cuatro regimientos borbónicos —tres de caballería y uno de infantería—, momento en el que se pedía a la Diputación, como hemos visto, la leva de dos tercios provinciales<sup>62</sup>. La revista del 7 de septiembre indica que se agrupaban en Ablitas 3.336 hombres. A los 2.848 que ya se encontraban en la

60. Tanto el vicario de San Pedro de Estella, como los cabildos de las ciudades de Olite y Tafalla y de las ocho parroquias de la ciudad de Tudela se comprometían igualmente a “asistir en esta urgencia”. AHN, E., leg. 286. “Papeles que entregó en el despacho...”, Pamplona, 7 de octubre de 1706.

61. R. Rodríguez, “La guerra de Sucesión en Navarra I: Financiación de la misma y capitalización de los asentistas autóctonos (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 208 (1996): 359-388.

62. ARGN, G., leg. 6, c. 16. El Consejo Real de Navarra a los pueblos, Pamplona, 24 de julio de 1706.

localidad ribera se sumaban 138 provenientes de diversos municipios, más 50 de Tafalla, 100 de Los Arcos, así como otros 100 provenientes de Logroño y 100 aportados por la ciudad de Calahorra. A esto había que sumar los 1.800 hombres —formados en dos regimientos— levantados, armados, vestidos y pagados por la ciudad de Tudela. En el frente oriental, aparecían los 400 hombres igualmente mantenidos por la ciudad de Sangüesa y las tropas que se encontraban en la propia Sangüesa comandadas por el mariscal de campo marqués de Saluzzo y que incluían al tercio de Tomás de Elío, con apenas 874 soldados. En total, 6.410 hombres defendían las merindades de Sangüesa y Tudela en esos momentos.

Participaron tanto los principales ayuntamientos —caso de Estella, Olite o Tudela— como localidades y valles menos poblados —desde Obanos o Goizueta al valle de Araquil o de Olló—<sup>63</sup>. Probablemente las fuerzas fuesen mayores, pues en dicha relación no aparecía el regimiento de dragones de Montenegro, comandado por un navarro, el teniente coronel Juan Francisco Armendáriz, el cual contaba con 147 hombres, incluyendo a la oficialidad, y operaba en los alrededores de Sangüesa y las villas aragonesas fronterizas<sup>64</sup>. Al descender la presión tras la exitosa campaña borbónica de 1707, la aportación disminuyó, para volver a verse puesta a prueba en 1710. Sirva de muestra el caso de Tudela, la ciudad de mayor importancia del frente navarroaragonés<sup>65</sup>. En junio de 1710, la ciudad presentaba un memorial en el que los gastos “en fosos, palizadas, pertrechos, armas y municiones”, así como en alojamientos de tropas, ascendía a 12.000 ducados<sup>66</sup>. Las demás localidades riberas siguieron los mismos pasos. Cascante, que “alistó con la mayor diligencia a todos sus vecinos”, formó compañías comandadas por sus vecinos “más principales”, contribuyendo con 100 milicianos en 1706 en la toma de Mallén y Gallur y en la defensa de Tarazona,

63. AHN, E., leg. 286. “Gente que se halló en el campo de Ablitas en la revista que se pasó el día 7 de septiembre”, Pamplona, copia enviada por el virrey duque de San Juan, s/f, 1706.

64. AHN, E., leg. 297. “Memoria de la gente que tiene el destacamento del regimiento de dragones...”, Sangüesa, s/f., 1706.

65. Felipe V reconocería en 1709 el esfuerzo realizado por la ciudad de Tudela, desde el servicio de 1.900 reales de a ocho realizado en 1705 y la formación de 20 compañías “armadas y municionadas, proveyéndolas de capitanes y otros cabos de sus ciudadanos” hasta el alojamiento de los miles de soldados pese a estar “exenta por sus privilegios de alojamiento”, “sin dejarles pagar cosa alguna”, y de los supervivientes de los regimientos navarros “que venían de Valencia, fatigados y faltos de vestuario y ropa” contribuyendo “muchos de sus vecinos con ropas y vestidos, alojándolos en sus casas” y manteniéndolos. La ciudad participó en la edificación y mejora de sus fortificaciones, en el acopio de armas y municiones, así como en acciones en Egea de los Caballeros, Mallén, Fustiñana, Ablitas o Tarazona, aportando además 100 hombres al tercio comandado por el marqués de Santacara, al punto de afirmar que todos sus vecinos “estaban en armas”. El cabildo de la ciudad realizó colectas para atender a los soldados, “en que mostraron todos sus vecinos su mucha piedad”. ARGN, ASCR, t. 26, f. 1., n°58, Real Cédula, 26 de febrero de 1709.

66. AHN, E., leg. 396. Memorial de la ciudad de Tudela, Tudela, 19 de junio de 1710.

o aportando 110 hombres al tercio de Santacara. En 1710, con apenas una treintena de voluntarios y cuatro compañías compuestas por “paisanos” de Corella, Valtierra, Arguedas, Cintruénigo y Fitero, se defendió del asalto austracista causando más de 250 bajas al enemigo, si bien finalmente la ciudad capituló, algo que no impidió su saqueo. La caballería ligera del conde de Melun llegó demasiado tarde, aunque provocó la huida de las milicias austracistas —lo cual no evitó que Cascante volviese a ser saqueada tras salir la caballería francesa—, detalle que revela una vez más la fragilidad de los medios con los que contaba Navarra para su defensa<sup>67</sup>.

### *LA DEFENSA DEL REINO*

La amenaza de una invasión pareció materializarse en Navarra durante el verano de 1706, ante la toma austracista de Zaragoza y la ocupación de Madrid por el ejército Aliado tras avanzar desde Portugal y Cataluña sobre Castilla. A mediados de julio, el conde de Peralada, catalán borbónico refugiado en Navarra, informaba de la entrada del archiduque Carlos en la capital aragonesa. Las partidas austracistas —varios cuerpos de milicias y dos regimientos de caballería— se habían hecho con las villas de Mallén y Magallón, tomadas por José Camprodon al mando de 300 jinetes. Las próximas localidades en caer serían Borja y Tarazona, de mayor relevancia y que podían dejar expedito el camino hacia Tudela. Las consecuencias eran potencialmente catastróficas, pues de perderse Tudela la ruta que seguían los refuerzos franceses para incorporarse al ejército borbónico quedaría cortada. Una vez que estas tropas hubiesen dejado atrás la Ribera, los “sediciosos”, con la ayuda de las tropas extranjeras que sustentaban al archiduque Carlos, podrían ocupar el sur de Navarra y sitiar Pamplona. Peralada reclamaba 2.000 infantes y 2.000 jinetes, que unidos a las milicias de Borja y Tarazona podrían contener un avance enemigo. El noble catalán alertaba ya entonces de los problemas que iban a encontrarse en Navarra.

En primer lugar, la combinación de pequeños contingentes de tropas austracistas con las milicias. Dado el carácter de la guerra en la tierra de nadie que separaba los reinos de Aragón y Navarra, se revelaba la naturaleza soterrada del conflicto, que tenía más que ver con el bandolerismo y los asaltos y extorsiones sobre las poblaciones del otro lado de la frontera y sus tierras, pastos y ganados que con causas más elevadas. En este caso, sin la ayuda de tropas profesionales, las partidas austracistas no encontrarían mayor resistencia, pues “sólo con intentar quemarles las mieses” que tenían en los campos y en las eras la población civil se rendiría. La defeción del regimiento de dragones de

67. ARGN, ASCR, t. 26, f. 1, n°65. Real Cédula... 10 de julio de 1711.



Camprodon, que tras pasarse al bando austracista había tomado Barbastro, y la poca fiabilidad de oficiales como Melchor Enríquez, quien comandaba un muy mermado regimiento de dragones irlandeses y era “pataratero” y “remolón”, reforzaban los argumentos de Peralada<sup>68</sup>.

¿Exageraba el conde? El marqués de Campo Real, noble aragonés también refugiado en Tudela, compartía la preocupación de Peralada. La presión de las partidas austracistas sobre las poblaciones navarras era insostenible, y además había desencadenado una espiral de represalias, agravada por la orden del virrey de Aragón —refugiado en Jaca—, de confiscar bienes a los austracistas. De aquello iban a seguir “muy perjudiciales consecuencias”, máxime cuando la relación de fuerzas parecía favorecer al partido del archiduque Carlos. Campo Real todavía confiaba en una pronta recuperación de Aragón, pero para ello era necesario el recurso al ejército borbónico<sup>69</sup>. Esto era inviable, toda vez que el grueso de este, comandado por el duque de Berwick, se encontraba en plena campaña de expulsión de las fuerzas Aliadas de Castilla. La realidad era otra, y, por ejemplo, el virrey Solera —fallecido el 2 de julio de 1706— y su relevo, el duque de San Juan, apenas pudieron enviar a Tudela 973 fusiles, 50 quintales de pólvora y 75 quintales de balas en fechas tan críticas<sup>70</sup>. Durante los siguientes meses, varias localidades fronterizas cambiaron de manos en más de una ocasión, en un continuo ir y venir de pequeños contingentes armados. El imparable avance borbónico, tomando Cartagena y Elche a finales de la campaña de 1706 y asegurando por completo Castilla y Murcia, no se tradujo en un alivio de la presión austracista sobre el sur de Navarra<sup>71</sup>.

El episodio más destacable hace mención de una fuerza de 4.000 milicianos, dotados además con ocho piezas de artillería, que tomó Tauste y a continuación Borja, plaza que fue saqueada. A mediados de octubre, se encontraban a las puertas de Tarazona con hasta 6.000 milicianos austracistas<sup>72</sup>. Pronto pasaron a controlar los confines meridionales de Navarra. La situación empezó a cambiar a finales de año, cuando el austracista conde de Sástago se vio obligado a desplazarse hacia Épila ante las incursiones de la caballería borbónica. En noviembre, apenas quedaban unos 400 migueletes entre Borja y Magallón y un centenar de dragones<sup>73</sup>, pero otra partida de unos 200 peinaba los alrededores de Ágreda y del Moncayo, contenidos tan solo por una compañía de caballería formada por

68. AHN, E., leg. 297. El conde de Peralada a Grimaldo, Tudela, 14 de julio de 1706.

69. AHN, E., leg. 286. El marqués de Campo Real a Grimaldo, Tudela, 4 de agosto de 1706.

70. AHN, E., leg. 286. “Memoria de las municiones que se han enviado a Tudela...”, s/f, 1706.

71. R. Rodríguez, “Guerra de Sucesión en Navarra II: aspectos políticos e institucionales (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 215 (1998): 801-826.

72. AHN, E., leg. 286. Tilly a Grimaldo, Pamplona, 14 de octubre de 1706.

73. AHN, E., leg. 281. Bartolomé Pueyo a Grimaldo, Tudela, 8 de noviembre de 1706.

los vecinos de Borja<sup>74</sup>. La situación se prolongó durante varios meses. El conde de la Puebla, principal caudillo austracista en Aragón, pretendía marchar sobre Tudela “con muchas tropas regladas de caballería e infantería”. Como hemos visto al abordar la aportación del Reino, el virrey T<sup>o</sup>Serclaes de Tilly pedía a la Diputación levantar 2.000 milicianos —exceptuando a las poblaciones navarras fronterizas—. De nuevo la autoridad virreinal se encontraba con la negativa de la Diputación, pues conforme al fuero esta sólo estaba obligada a reunir milicias en caso de que el enemigo hubiese entrado en Navarra, argumento al que pretendía aferrarse tras servir con tres regimientos y movilizar los tercios de milicias<sup>75</sup>. No sería hasta mayo, una vez ocupada Zaragoza por las tropas borbónicas, cuando el virrey disolvería los dos tercios de milicias comandados por los marqueses de Santacara y Vessolla<sup>76</sup>.

En cuanto a la frontera oriental, Jaca permaneció leal a Felipe V durante la guerra. Controlar la ciudad permitió al bando borbónico asegurar los pasos del Pirineo aragonés que comunicaban España con Francia, pero las comunicaciones entre Jaca y Sangüesa pendían de un hilo. Sangüesa estaba “a tiro de fusil” de la frontera, pero la atención se dirigió a la defensa de Tudela. El peor escenario posible —un avance Aliado por la frontera sur de Navarra y un asedio y toma de Pamplona— hacían de Sangüesa un escenario menor, pero no era menos cierto que la pérdida de Jaca y de la Navarra oriental dificultarían la defensa de Pamplona. Ante el vacío de poder, destacaban las individualidades. Juan de Borja, capitán de caballería, nos sirve de ejemplo. Había combatido como soldado raso, alférez y capitán de infantería en Flandes y Cataluña contra los ejércitos de Luis XIV durante el reinado de Carlos II. En 1705 había participado en la defensa de Badajoz frente a las tropas lusas y británicas. La entrada de las tropas Aliadas en Extremadura en abril de 1706 le devolvió a su compañía del regimiento Milán. Con apenas 25 hombres, se dedicó a seguir al enemigo en su avance hacia Castilla. Sus dotes para la guerra de guerrillas le valieron la recomendación del capitán general de Extremadura, el marqués de Bay. El nuevo virrey de Navarra, necesitado de alguien con “perfecto conocimiento” del terreno, aceptó la recomendación de Bay, y le nombró gobernador del castillo de Berdún, a 30 kilómetros de Jaca y 45 kilómetros de Sangüesa. De gran valor estratégico, Berdún era vital para mantener el corredor que comunicaba Jaca con Navarra. Pese a la recuperación borbónica de Aragón, la Jacetania y la comarca de las Cinco Villas eran territorio de las partidas austracistas<sup>77</sup>.

74. AHN, E., leg. 294. Representación del corregidor de Ágreda, Ágreda, 11 de diciembre de 1706.

75. ARGN, G., leg. 7. T<sup>o</sup>Serclaes a la Diputación, Pamplona, 30 de enero de 1707.

76. ARGN, G., leg. 7. T<sup>o</sup>Serclaes a la Diputación, Pamplona, 2 de julio de 1707

77. La ayuda de las milicias navarras era limitada, como pudo verse cuando, tras ocupar las villas de Sádaba y Uncastillo, los tercios navarros, que tenían la obligación de servir por tres meses, se

El capitán Borja fortificó Berdún y recuperó una treintena de localidades —entre las que destacaban Uncastillo y Luesia, tomada al comando de 400 hombres junto con el navarro conde de Ayanz—, amén de obtener un botín de 4.000 escudos, empleados en pertrechos y bastimentos. La toma de Luesia fue especialmente arriesgada, pues, de creer al propio Borja, las milicias austracistas sumaban alrededor de 1.100 hombres. Aunque el conde de Ayanz llegó con 200 soldados franceses y Borja contaba con las milicias de Sangüesa, seguían doblando sus fuerzas y contando además con algunas piezas de artillería. Aquello no fue suficiente para controlar la zona, y acto seguido era el castillo de Berdún el que estaba sitiado por los austracistas. De nuevo Borja, con dos regimientos de dragones —el de Marimón y otro regimiento francés—, acudió al rescate, obligando “a los enemigos a que con precipitada fuga levantasen el sitio”. La acción fue providencial, pues permitió que las cargas de víveres destinadas a la ciudadela de Jaca pudiesen llegar a la ciudad. La dinámica de la guerra en los confines de Navarra no daba descanso, y acto seguido Borja participaba en otro combate, en esta ocasión entre Javier y Santa Cilia. Pese a rechazar la incursión austracista, otra partida había tomado el castillo de Javier. El marqués de Saluzzo mandó a Borja al mando de 300 hombres. El golpe esta vez fue espectacular, pues permitió conducir hasta Jaca 300 cargas de trigo, vacas, ganado menudo, vino, aceite y material de “botica”. Pese a tantas acciones exitosas en el último año, en septiembre de 1707, Borja llevaba dieciséis meses, desde que salió de Extremadura, sin ver un real de su sueldo, reconociéndose su mérito mediante su nombramiento como comandante del castillo de Aínsa<sup>78</sup>.

El relato de Borja quedaba confirmado tanto por el conde de Ayanz como por el ayuntamiento de Sangüesa. La ciudad afirmaba estar dispuesta a “perder sus vidas y haciendas” antes que verse en poder de otro dominio que “el suave y legítimo de Vuestra Majestad”, y para ello habían redificado sus murallas y levantado seis compañías de milicias con sus vecinos, realizando incursiones en Sos, Uncastillo, Sádaba y Luesia -de esta última obtuvieron las cuatro culebrinas que se llevaron a Sangüesa-<sup>79</sup>. Las órdenes de enviar dichas piezas a Sos motivaron la queja de la ciudad de Sangüesa. El conde de Ayanz, solícito a la hora de defender los intereses de las poblaciones navarras fronterizas, glosaba los servicios recientes de los sangüesinos, caso del envío de dos compañías de 50 milicianos con sus oficiales en diciembre de 1706, marchando sobre los molinos de Arbe e internándose en suelo aragonés hasta Navardún y Urriés

---

retiraron de la zona, para estupefacción del obispo de Lérida, refugiado en Jaca. AHN, E., leg. 281. Solís Hervás a Grimaldo, Jaca, 8 de noviembre de 1706.

78. AHN, E., leg. 310. Memorial de Juan de Borja, s/f.; Tilly a Grimaldo, Pamplona, 8 de septiembre de 1707.

79. AHN, E., leg. 372. La ciudad de Sangüesa a Felipe V, Sangüesa, s/f, 1707.

junto con las compañías de regulares extraídas de sus regimientos de origen y que defendían la frontera navarra. Las hostilidades durante el invierno de 1707 fueron continuas, y Sangüesa aportó también una compañía de 30 jinetes, amén de alojar “al mayor celo” al goteo de tropas borbónicas destinadas o de paso por la ciudad. Ayanz, que consideraba a la ciudad como “la llave de este Reino”, no podía hacer mayor hincapié en los servicios prestados por los sangüesinos<sup>80</sup>. El marqués de Saluzzo también intercedía en favor de la ciudad. No era para menos, pues Sangüesa llegó a formar a un total de 600 hombres, la práctica totalidad de su población masculina en edad de combatir, enviando 200 a ocupar Uncastillo, otros 200 a Berdún, 70 a Sádaba y 50 para el valle de Ansó y el castillo de Canfranc, mantenidos a su costa en las primeras dos semanas<sup>81</sup>.

La presión descendió entre 1707 y 1709, escalando de forma dramática a raíz de las derrotas borbónicas de Almenar y Zaragoza durante el verano de 1710. En cuanto a la ciudad de Pamplona, no estaba preparada para un posible asedio. El virrey duque de San Juan procedió al acopio de víveres para defender la plaza por cuatro meses y solicitó al capitán general marqués de Bay el envío de 300 soldados si el cuerpo del ejército borbónico que acampaba en la frontera ribera se veía forzado a entrar en Castilla, así como 2.000 doblones para poder hacerse con la reserva de harina y bizcocho necesaria para un largo asedio —lo que se traducía en 6.000 arrobas de trigo para alimentar a los soldados, amén de legumbres, tocino, aceite, vino, carne salada, etc.— y otros 2.000 doblones para las pagas de los soldados que defendían Pamplona. Asimismo, rogaba el envío de armas y municiones para una guarnición teórica de entre 1.500 y 2.000 hombres.

A finales de agosto de 1710, sólo habían llegado 287 de los 600 soldados prometidos por el marqués de Bay. Con apenas 460 fusiles con otras tantas bayonetas, era urgente armar a la guarnición. Había además que llenar de agua los aljibes y reparar las fortificaciones, para lo cual era necesario más dinero. El virrey incluso planteaba una internada en Aragón con el alrededor de 4.000 paisanos de los tercios de milicias que podían levantarse en la frontera, pero el llamamiento a los tercios de milicias necesitaba de un gran esfuerzo, el cual era imposible pues requería de más de 15.000 pesos al mes, por no hablar de la necesidad de armar adecuadamente a las milicias. El duque de San Juan, de hecho, consideraba de mayor utilidad el envío de dos escuadrones de caballería capaces de peinar la frontera, pues las milicias, si no estaban apoyadas por tropas profesionales y no recibían su paga, desertarían. El terrible invierno, las malas cosechas y la especulación que siguió y disparó el precio del trigo no invitaban al optimismo, y San Juan insistía en que los pueblos fronterizos, castigados por

80. AHN, E., leg. 372. El conde de Ayanz, “Certificación para la ciudad de Sangüesa”, Sangüesa, 25 de julio de 1707.

81. AHN, E., leg. 372. El marqués de Saluzzo, ídem, 26 de noviembre de 1707.

las incursiones austracistas, no podían soportar la carga de miles de milicianos. El país estaba “aturdido y tibio”, y los donativos de ejercicios anteriores se habían reducido a apenas 500 doblones<sup>82</sup>.

El marqués de Bedmar, sucesor precisamente del duque de San Juan como ministro de guerra de Felipe V, prometía ayudar al virrey de Navarra, pero insistía en el recurso a los tercios de milicias navarros<sup>83</sup>. Al igual que en 1706, la suerte del partido borbónico dependía en 1710 de los refuerzos que llegasen de Francia, en este caso comandados por el duque de Vendôme. A comienzos de septiembre, el marqués de Bay controlaba el campo entre Tudela y Tarazona con 3.500 caballos, a la espera de Vendôme. El ejército Aliado estaba acampado en las afueras de Zaragoza, y el miedo a una invasión reaparecía<sup>84</sup>. La situación iba a deteriorarse rápidamente, y a finales del verano la caída de Tudela<sup>85</sup> y Sangüesa parecía inminente<sup>86</sup>. La ciudad de Tudela se vio obligada a prestar obediencia al archiduque Carlos, aunque las partidas aragonesas no tenían modo de permanecer en la Ribera. Corella fue liberada poco antes por el coronel Fermín de Veráiz “con algunos caballos e infantes”, suficientes como para expulsar el “trozo de caballos” austracistas encargados de su defensa<sup>87</sup>. Si bien la posición de las partidas aragonesas era insostenible, el conde de la Puebla contaba con un millar de efectivos entre regimientos austracistas y milicianos. El avance Aliado sobre Madrid desplazó la acción hacia Castilla, desguarneciendo el sur de Navarra, y permitiendo que el austracista conde de la Atalaya, con unos 2.000 hombres, tomase la iniciativa en la Ribera<sup>88</sup>. Esto preocupó a localidades tan alejadas del frente como Estella, las cuales mostraron su preocupación al llegar las noticias del “considerable estrago” sucedido en Sangüesa y del saco de Gallipienzo por parte de 400 infantes, 100 jinetes “y considerable número de paisanaje”<sup>89</sup>. La incertidumbre vivida en la segunda mitad de 1710 llevó a la Diputación a pedir refuerzos, algo que tanto el virrey San Juan como los mandos borbónicos no podían atender<sup>90</sup>. La Diputación por fin daba vía libre al virrey para que este llamase a fuero a todos los naturales de las merindades

82. AHN, E., leg. 396. San Juan a Grimaldo, Pamplona, 29 de agosto de 1710.

83. AHN, E., leg. 396. Bedmar a Grimaldo, Madrid, 3 de septiembre de 1710.

84. AHN, E., leg. 396. Grimaldo al duque de Noailles, Madrid, 1 de septiembre de 1710

85. ARGN, G., leg. 7, cc. 35, 36. Las villas de Villafranca y Peralta a la Diputación, 31 de agosto y 1 de septiembre de 1710

86. ARGN, G., leg. 7, c. 37. La ciudad de Sangüesa a la Diputación, Sangüesa, 10 de septiembre de 1710.

87. ARGN, G., leg. 7, c. 40. La ciudad de Tudela a la Diputación, Tudela, 14 de octubre de 1710.

88. ARGN, G., leg. 7, c. 57. Borrador de representación para Su Majestad de la Diputación, Pamplona, 30 de diciembre de 1710.

89. ARGN, G., leg. 7, c. 50. La ciudad de Estella a la Diputación, Estella, 28 de noviembre de 1710.

90. ARGN, G., leg. 7, c. 52. La Diputación a Felipe V, Pamplona, 21 de diciembre de 1710.

de Pamplona, Estella y Sangüesa por estar las de Olite y Tudela “ocupadas en su propia defensa”<sup>91</sup>.

A finales de diciembre, el virrey duque de San Juan reclamaba refuerzos al caballero de Croix, general flamenco al mando de las tropas que defendían la Ribera, ante los ataques sobre la merindad de Sangüesa provenientes de las partidas austracistas de Sos. Las informaciones estimaban a los miguelotes en 600 infantes y un centenar de jinetes, “forajidos todos que con nombre de voluntarios sólo procuran emplearse en robar y saquear”. San Juan pedía tropas regulares, pues las milicias locales no podían enfrentarse a estos contingentes sin la cobertura de regimientos borbónicos. Dadas las halagüeñas novedades — las victorias borbónicas en Brihuega y Villaviciosa acababan de sucederse los días 8 y 10 de diciembre— el virrey no estaba dispuesto a enviar a Sangüesa a los 100 soldados del regimiento Osuna, recién llegados tras ser repatriados de Italia, pero la situación distaba mucho de ser favorable en Navarra. Croix apenas mandó a Sangüesa 50 infantes y 25 jinetes, obligando a San Juan a enviar a los soldados del Osuna.

Ante la falta de tropas, el virrey hizo un llamamiento a todos los pueblos de la merindad de Sangüesa para que acudiesen “con toda la gente armada que pudieren de sus naturales” para procurar “su propia defensa”. La última información provenía del teniente coronel Pedro Sánchez, quien con milicias locales defendía el puente de Gallipienzo, paso estratégico que abría el camino a Sangüesa. Los miguelotes les habían atacado, “poniendo en confusión y fuga a los paisanos” y, de paso, reforzando la opinión negativa del virrey respecto al uso de milicianos<sup>92</sup>.

Los esfuerzos fueron inútiles, sucediéndose los saqueos sobre Sangüesa y las poblaciones vecinas. La relación entre la Diputación y el virrey volvía a tensarse. La Diputación destacaba el sacrificio de los naturales en defensa de aquel “antemural” que cortaba cualquier internada hacia Pamplona, e insistía en las súplicas hechas al virrey semanas atrás, pidiendo tropas cuando Tudela y la Ribera parecían estar ya fuera de peligro. La Diputación, obviamente, no ignoraba la necesidad de que las milicias estuviesen acompañadas por tropas profesionales e instruidas por oficiales. Sabemos que el duque de San Juan en efecto instó repetidas veces a Croix al envío de refuerzos, y ya hemos visto la escasa estima en que tenía a los tercios de milicias y a la capacidad de auto-defensa de las poblaciones de frontera, aspecto que, por otra parte, era sentir común en el seno de los ejércitos de la época ante las milicias locales. Ante la pérdida de Sangüesa y Gallipienzo a causa de los ataques de los miguelotes, “saqueando y talando los pueblos y violentándolos en fuerza superior a obediencia

91. ARGN, G., leg. 7, c. 56. San Juan a la Diputación, Pamplona, 23 de diciembre de 1710.

92. AHN, E., leg. 396. San Juan a Grimaldo, Pamplona, 21 de diciembre de 1710.

extraña”, la Diputación pedía oficiales “que formasen a los naturales”, “alguna caballería” y que los 100 soldados del regimiento Osuna que defendían Ujué descendiesen cuanto antes “para que unidos con nuestros naturales contuviesen y repeliesen al enemigo”. La situación era endiablada, pues Lumbier, a escasos 40 kilómetros de Pamplona, también se había perdido, y comenzaban a llegar panfletos y órdenes del archiduque Carlos a las localidades vecinas a la capital. Para la Diputación, era de “imponderable desconsuelo”, vista la facilidad con la que partidas de cientos de irregulares podían entrar sin apenas resistencia, imaginar un posible avance Aliado con tropas británicas e imperiales<sup>93</sup>. Ahora sí, la Diputación llamaba a fuero y ponía a disposición del virrey los, en teoría, 30.000 naturales que podían levarse en defensa del Reino, procediendo el duque de San Juan a llamar a fuero a los naturales de las merindades navarras menos afectadas<sup>94</sup>.

El fantasma de una penetración austracista que cortase las comunicaciones entre Francia y España a través de Navarra volvía a planear sobre las instituciones navarras. Aunque la situación de las milicias austracistas era insostenible, siendo rechazadas, el vacío de poder permitió a su vez todo tipo de abusos. Las tropas francesas del conde de Melun y partidas de milicias navarras —unos 600 hombres— comenzaron a recuperar el control sobre la merindad de Sangüesa a partir del 31 de diciembre. Esto degeneró en un proceder violento por parte de la oficialidad sobre la población civil. Tras padecer contribuciones y saqueos por parte de las partidas austracistas, la zona se veía oprimida por sus propios protectores<sup>95</sup>, revelándose de especial gravedad la actuación del regimiento de dragones del conde de Melun<sup>96</sup>. Con todo, una vez asegurada la recuperación de Aragón, el cuerpo del ejército comandado por Croix, que se encontraba en Alagón a escasas tres leguas del ejército Aliado —comandado por el conde de Starhemberg— en retirada desde Madrid, pudo enviar dos regimientos de dragones y la necesaria “porción” de infantería<sup>97</sup>. A partir de la definitiva recuperación del Reino de Aragón y de la entrada de Felipe V en Zaragoza el 4 de enero de 1711, la causa austracista estaba condenada al fracaso. Esto no impidió que las partidas que operaban en la frontera continuasen activas, por ejemplo, entrando en Sos y asesinado al gobernador borbónico<sup>98</sup> y protagonizando robos

93. AHN, E., leg. 396. La Diputación de Navarra a Felipe V, Pamplona, 24 de diciembre de 1710.

94. ARGN, G., leg. 7, c. 56. El Reino al virrey duque de San Juan —y respuesta del virrey—, Pamplona, 23 de diciembre de 1710.

95. ARGN, G., leg. 7, c. 61. La Diputación de Navarra al duque de San Juan, Pamplona, 5 de enero de 1711.

96. AHN, E., leg. 414. Remón a Veráiz, Sos, 8 de enero de 1711.

97. ARGN, G., leg. 7, c. 54. Croix a la Diputación, campo de Pedrola, 25 de diciembre de 1710.

98. AHN, E., leg. 414. La ciudad de Sangüesa a Grimaldo, Sangüesa, 25 de abril de 1711.



y secuestros en puntos tan alejados de la frontera como Olite<sup>99</sup>. No obstante, el propio conde de Melun afirmaba ya a comienzos de 1711 no necesitar a las milicias navarras<sup>100</sup>.

### CONCLUSIONES

Lo sucedido en Navarra entre 1705 y 1711 responde a la pregunta de qué ocurre cuando el Estado no es capaz de atender las necesidades de un territorio de frontera en un marco de guerra y vacío de poder. El encaje de Navarra en el conjunto de la Monarquía había quedado consolidado en el siglo XVII, pero los mecanismos de defensa establecidos no llegaron a ser realmente puestos a prueba hasta el estallido de la Guerra de Sucesión, en un contexto bien diferente. La actitud de la Diputación y de las Cortes reunidas en 1705 y 1709 mostró una línea continuista en sus relaciones con la Monarquía, mostrándose más o menos dispuesta a colaborar con hombres y donativos en función del grado de amenaza austracista. Otro tanto sucedió con los municipios navarros, a medida que estos se encontraban más alejados del frente, en contraste con la movilización general experimentada en las zonas fronterizas. El recurso a los municipios y a las milicias comandadas por la nobleza local, común por otra parte durante estos años a otros puntos de la Corona de Castilla, aunó en el frente navarroaragonés un cúmulo de circunstancias extraordinarias puestas en evidencia por la prolongación del conflicto durante un lustro, la indefensión de una frontera extensa en la que escaseaban los regimientos regulares, y la necesidad de autodefensa vivida en las merindades de Tudela y Sangüesa, las cuales tenían en ocasiones que tomar la iniciativa o improvisar acciones con los pequeños contingentes borbónicos disponibles.

A las grandes distancias, la escasa densidad de población, la ausencia de fortificaciones modernas con la salvedad de las ciudadelas de Pamplona y Jaca —y la yuxtaposición de una guerra internacional con un conflicto regional—, se sumaron las particularidades institucionales y jurídicas del reino de Navarra y la convivencia de estas con las autoridades monárquicas, así como la particularidad propia de una guerra librada mediante la mezcla de milicias y pequeños contingentes de tropas. Los errores de interpretación cometidos por el mando Aliado, descartando un avance sobre Navarra y recurriendo a los limitados contingentes austracistas, terminaron por definir el frente navarroaragonés, establecido como

99. ARGN, G., leg. 7, c. 67. Cartas de las ciudades de Sangüesa y Olite y de la villa de Cáseda a la Diputación.

100. R. Rodríguez, “Guerra de Sucesión en Navarra II: aspectos políticos e institucionales (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 215 (1998): 801-826.

un escenario secundario, pero de continuada actividad y en el que la guerra se desarrolló en ambos bandos con notable autonomía e implicación popular respecto a los principales escenarios de operaciones. Esta realidad sirve para replantear el papel jugado por las milicias durante la Guerra de Sucesión Española en la defensa del territorio, en este caso en el frente navarroaragonés, pero también en otros territorios de frontera en el escenario peninsular, cuestión de largo recorrido en el siglo XVIII.

## BIBLIOGRAFÍA

- Andújar Castillo, Francisco. *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid: Marcial Pons, 2004.
- Coloma García, Virginia. “Navarra y la defensa de la monarquía en los reinados de Felipe III y Felipe IV (1598-1665)”, *Príncipe de Viana*, n.º 204 (1995): 163-182.
- Díaz Paredes, Aitor. “Fidelidad, fueros y negociación. Las Cortes de Sangüesa en la defensa de la Corona de Aragón (1705)”, *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 32 (2019): 303-326.
- “El camino francés. Tránsito de tropas por Navarra durante la guerra de Sucesión española (1700-1715)”, *Príncipe de Viana*, 273 (2019): 349-363.
- Espino López, Antonio. “La frontera de Navarra durante el reinado de Carlos II. La acción virreinal y el problema de la defensa”, *Príncipe de Viana*, 271 (2018): 527-552.
- Floristán Imízcoz, Alfredo. *El reino de Navarra y la conformación política de España (1512-1841)*, Madrid: Akal, 2014.
- “Neoforalismo, nuevos fueros y conquistas. Navarra en la Monarquía de Carlos II”, en *Visperas de sucesión. Europa y la Monarquía de Carlos II*, coord. Bernardo J. García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2015: 81-107.
- García Miguel, Virginia. “La donación de un tercio navarro para la guerra de Cataluña en 1642”, *Príncipe de Viana. Anejo*, 9 (1988): 121-130.
- Ostolaza Elizondo, María Isabel. *Gobierno y administración de Navarra bajo los Austrias (siglos XVI-XVII)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1999.
- Rodríguez Garraza, Rodrigo. “La guerra de Sucesión en Navarra I: Financiación de la misma y capitalización de los asentistas autóctonos (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 208 (1996): 359-388.
- “Guerra de Sucesión en Navarra II: aspectos políticos e institucionales (1705-1711)”, *Príncipe de Viana*, 215 (1998): 801-826.
- Rodríguez Hernández, Antonio José. “El primer modelo de reclutamiento forzoso en España durante la Edad Moderna: las levas para los presidios (1634-1642)”, *Millars*, Vol. XLIII/2 (2017): 151-167.

—“La frontera navarra durante la guerra de los Nueve Años (1688-1697): defensa y movilización militar”, *Príncipe de Viana*, 272 (2018): 1163-1178.

—“La movilización militar en Navarra durante el reinado de Carlos II (1665-1700): fueros, servicios y milicias”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 30 (2021): 155-185.

Rodríguez Hernández, Antonio José; Díaz Paredes, Aitor. “Revisitando el neoforalismo: reclutamiento en Navarra en tiempo de paz en la frontera (1659-1670)”, en *Studium, magisterium et amicitia: homenaje al profesor Agustín González Enciso*, coord. Rafael Torres Sánchez, Pamplona, Eunsa, 2018: 265-274.

Usunáriz Garayoa, Jesús María. “Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII”, *Iura vasconiae: revista de derecho histórico y autonómico de Vasconia*, 4 (2007): 285-325.